

ABSTRACT

LEIBNIZ CRÍTICA DE LA RAZÓN SIMBÓLICA

El objetivo de este breve ensayo no es describir los elementos de la ciencia natural de Leibniz, que doy por conocidos, sino investigar algunos meta-conceptos que fundamentan dicha construcción. El andamiaje que Leibniz coloca para levantar su edificio determina la estructura misma de éste. A esta superestructura constructiva la he llamado *hermética* en escritos anteriores porque, sin negar otras fuentes, obedece en un sentido muy profundo a los parámetros esenciales de dicha Tradición, que aproximadamente podrían ser los siguientes:

-- el ser es actividad, interna vitalidad, energía, que *se expresa* en las infinitas manifestaciones del mundo material;

-- la unidad es el único fundamento ontológico del ser, al que ha de reducirse toda pluralidad ideal;

-- la universalidad de las cosas es, pues, una pluralidad orgánica analógica de seres vivientes;

-- por lo tanto, ha de darse la *περιχώρησις* o conexión entre los distintos niveles ontológicos del ser, cualquiera que sea su estructura fenoménica;

-- en consecuencia, es lícito el argumento de *analogía transversal* en la amplitud y límites que “descubran” la experiencia y la razón, que forman parte de la “universalidad de las cosas”;

-- no hay, pues, ruptura sino transmisión y evolución, esto es, correspondencia o *expresión* entre lo de fuera y lo de dentro, entre el pasado y el presente, entre la creencia mítico-religiosa y el progreso científico, entre la ciencia y la moral, entre lo universal y lo singular;

-- porque el hombre es memoria y símbolo de la conexión de las cosas y, en consecuencia, toda construcción científica acerca del mundo ha de ser el despliegue de la *razón simbólica*.

En un momento crucial de la historia de Occidente, el proyecto científico de Leibniz podría haber consistido en ser fiel a esta universal Tradición, liberarla de esoterismos incontrolables y hacerla entrar por los nuevos caminos de la ciencia moderna, a cuyo desarrollo él contribuyó de manera importante.

Si esta hipótesis fuera correcta o verosímil, la lectura de los textos de Leibniz debería exigir de nosotros una *actitud epistémica distinta* de la que podemos adoptar en la lectura de otros científicos de su tiempo, como lo prueba el hecho de que éstos no lo entendieron o, al menos, no lo aceptaron. En cada rincón de cualquiera de sus infinitos opúsculos nos puede sorprender con alguna sugerencia desconcertante que estaríamos tentados a perdonar benévolamente como “metáfora”, “alusión poética”, “estrategia retórica”, cuando quizás en su mente podría ser nada menos que un “símbolo”, un “*échantillon de la nature*”, una visión caleidoscópica de lo real: distintas configuraciones *externas* con las mismas piezas *internas*, como hacía el “Arlequin, Emperador de la Luna” con sus vestiduras. La naturaleza sería radicalmente simbólica: “como las calles y las plazas de una ciudad, a las que se puede llegar y de las que se puede salir desde cualquier rincón”, decía el filósofo (capítulo 1).

En síntesis, mi propuesta es la siguiente. Frente a la ciencia de lo *abstracto* y de la *evidencia* propugnada por Descartes y el nuevo mecanicismo, Leibniz quiere mantener la ciencia de lo *concreto* y de la *aproximación*, la ciencia de los *sujetos* sin renunciar a lo

abstracto y lo universal. El filósofo asume como axioma la idea tradicional de la *vis insita rebus*, y elabora una *ontología de lo singular* utilizando no obstante los nuevos cauces de la matemática formal y de la experimentación empírica, que él maneja a su modo. Para ello, ha de *sobredimensionar* todos los conceptos recibidos de Galileo y Huygens; esto es, introduce *semánticamente* en las ecuaciones de movimiento elementos que éstas no contienen *analíticamente*. Así descubre la nueva noción de *inercia natural* o *resistencia interna* de todos los cuerpos, se libera de la *extensión* cartesiana, y nos conduce a ---o se reencuentra con--- la *fuerza ínsita estable* de todos los cuerpos, que *resultan* de la substancia simple y su *espontaneidad*. Con ello, elabora su doctrina de los *agregados de substancias* o *cuerpos*, la distinción entre *fuerzas primitivas* y *fuerzas derivativas* y su mutua *expresión*. A justificar estas afirmaciones está dedicado el capítulo 2 mediante el análisis de los argumentos *a posteriori* y *a priori* de la Dinámica.

Ahora bien, las claves de inteligibilidad que permiten el acceso a esta construcción son cuatro conceptos que forman la superestructura de todo el edificio: *infinito*, *continuidad*, *expresión*, *analogía transversal*. Estos conceptos no se deducen uno del otro de forma irreversible como los términos de un sistema matemático deductivo, sino que muestran cada uno de forma *distinta* pero *equipolente* la misma realidad: la unidad orgánica del mundo y su actividad. Pero, a su vez, todos ellos están gobernados por algunos axiomas de carácter pitagórico--neoplatónico, que Leibniz repite incansablemente y que fundamentan la imprescindible distinción entre lo *ideal continuo* y lo *actual discreto*:

- sin unidad *real* no es inteligible la pluralidad *ideal*;
- sin lo *permanente* y esencial no es inteligible lo *sucesivo* y accidental;
- ni la unidad ni la permanencia forman parte de la pluralidad y de la sucesión, sino que las fundan;
- la unidad es indestructible.

Dada la *reversibilidad* que Leibniz otorga a estos cuatro conceptos, podemos entrar en el edificio por cualquiera de ellos. Yo he optado por la *continuidad*, pues a ella acude el filósofo en los momentos decisivos de sus argumentaciones. Hay un texto sobre la ley de la continuidad, que yo llamo “canónico”, la *Lettre de M. L. sur un principe général utile à l'explication des lois de la nature par la consideration de la sagesse divine* (1687, GP III 51-55), como respuesta al P. Malebranche. En él he tratado de descubrir los otros tres. La continuidad no sólo es un principio *heurístico* o epistémico, sino también, y sobre todo, un principio *arquitectónico*: cuando los “datos” de un sistema conocido están “ordenados de alguna manera”, podemos concluir que los “resultados” de otro sistema desconocido, con el que descubrimos alguna *semejanza estructural*, estarán también “ordenados de la misma manera”; o dicho también así: es la universalidad misma de las cosas la que está *ordenada mediante aproximaciones evanescentes*: nada en la naturaleza se produce por salto, ni en el movimiento local ni en los *grados de perfección* de las cosas (capítulo 3). Un estudio cuidadoso de la “ontología de la continuidad” nos permite descubrir que ésta se fundamenta en el principio de *perfección* o del *máximo de relaciones compositibles entre todos los sistemas del mundo*: es la “sagesse infinie” o, como dirá Leibniz en la polémica con de Volder, la “ley del orden” (capítulo 4).

En los capítulos 5 y 6 se estudian dos aplicaciones de la continuidad. La primera es la continuidad matemática y la dimensión *metafísica* que contiene el cálculo infinitesimal en virtud de la continuidad. Las divagaciones numerológicas del joven Leibniz y su sueño de una característica universal le llevan a descubrir que es la combinatoria de las sumas y las diferencias en las series numéricas la que le desvela el *triángulo característico*, que había

estudiado en los escritos de Pascal. Este descubrimiento le permite pasar de lo combinatorio a lo continuo y distinguir entre lo continuo y lo discreto. El triángulo característico se convierte en el *símbolo* de la substancia simple, pues en ambos sistemas se verifican los mismos axiomas antes mencionados: la unidad estable (ecuación de la curva/espontaneidad de la substancia) y la sucesión continua (términos de la serie/modificaciones de la substancia). El cálculo infinitesimal es, por una parte, la manera como podemos acercarnos a lo *inalcanzable infinito* mediante *aproximaciones evanescentes finitas nunca terminadas*; y es, por otra parte, la *expresión* más inteligible de la continuidad.

La continuidad matemática, donde se ha mostrado la distinción entre *lo discreto* y *lo continuo*, nos permite pasar a la continuidad biológica y reencontrarnos con la *vis insita rebus*, de la que habíamos partido (capítulo 6). Porque, en efecto, lo mismo que ocurre con los términos de una serie matemática, Leibniz entiende que la cadena continua de producción de los seres vivientes se verifica sólo en la *transformación de los cuerpos orgánicos* asociados a las substancias mientras éstas permanecen estables en sus variaciones, de la misma manera que permanece la ley o ecuación de la curva a fin de que sea posible precisamente la sucesión de sus términos. Sólo por creación o por aniquilación divina comienzan a existir o dejan de existir las substancias simples; lo único que nosotros observamos es el crecimiento o disminución de los cuerpos orgánicos de las substancias, lo que Leibniz suele denominar “cambio de teatro” de los *mismos* actores. Este cambio de escena puede y debe medirse *mecánicamente* según las leyes de la física y de la biología. Leibniz elaboró una complicada taxonomía monadológica a fin de hacer inteligible por qué una piedra o una cantera de mármol *como tales* no son seres vivos, *aunque todo en ellas y en todo el universo está lleno de vida sin que existan partículas mínimas de materia*.

Todo este tránsito de niveles en la naturaleza exigía dotar a la continuidad de un fundamento ontológico definitivo: es la *expresión*. En los párrafos 8-9 y 14 del *Discours de métaphysique* explica Leibniz la *conexión de todas las cosas* con el siguiente argumento. Dios las produce continuamente como nosotros producimos nuestros pensamientos: cada substancia *expresa* según su *propio* módulo de actividad el carácter de la sabiduría infinita y de la omnipotencia de Dios y tiene alguna semejanza con una percepción o conocimiento infinito (analogía de *atribución*: “Principiatum est ejusdem naturae Principii, sed differt a Principio in eo quod habet Principiati”, decía la Tradición neoplatónica); y como consecuencia, cada substancia, “cada espejo viviente de la divinidad”, *expresa o dice* a todas las demás substancias desde su propio lenguaje interno (analogía de *proporcionalidad*). Esta doble analogía *justifica y exige* el estudio técnico de las estructuras formales de semejanza entre todos los niveles de la realidad ontológica, que será la labor de semiólogos, científicos y metafísicos (capítulo 7).

En los últimos años de su vida, desde 1704, Leibniz sintetizó toda esta construcción en un último principio de analogía, que él llamaba “principio de uniformidad en el *fondo* de las cosas, y de variedad en los *grados de perfección* que manifiestan”: ningún ser en la naturaleza podría ser “desertor del orden divino”.

* * *

Durante siglos, los símbolos y los mitos habían sido el instrumento con el que el hombre se religaba con el misterio, con lo sagrado, con lo Otro, con la totalidad originaria.

Pero el hombre, entonces y ahora, ha sido siempre un constructor de símbolos, pues necesita asociar a lo perenne su frágil existencia. Desde la *gnosis* cristiana, el *Corpus Hermeticum*, las escuelas neoplatónicas, la especulación kabbalística, la antropología alquímica medieval hasta los sistemas cosmogónicos renacentistas, el símbolo adopta escenografías muy variadas, pero conserva el *pathos* vital que informa el interior del hombre,

el microcosmos, desde la unidad cósmica de todo el universo, el macrocosmos. Es la *razón simbólica*.

En el siglo XVII, cuando se impone la razón matemática y el sujeto cartesiano, muchos espíritus inquietos y sagaces experimentan el vértigo ante un mundo esférico y armonioso, que se desvanece, y otro mundo nuevo, exacto e infinito, que se anuncia. Y tratan de hacer a ambos mundos compatibles. Uno de esos espíritus privilegiados fue Leibniz, y a ello consagró su ingente labor en todos los terrenos.

Limitándome a su producción científico-metafísica, y sólo con sus textos en la mano, he tratado de reconstruir el modo como el filósofo metaboliza ambos universos: por qué su Dinámica es *reversible*; por qué la continuidad es una estructura *ontológica* del ser y no meramente un instrumento heurístico de la invención; por qué el cálculo infinitesimal es un *símbolo* de la actividad de las sustancias y de los cuerpos; por qué hay analogías de analogías *in infinitum*; y si la *expresión*, que conecta todos los niveles, no fue quizás para él sino un compromiso socialmente correcto que escondía aquella noción de símbolo que dice: “lo de dentro es como lo de fuera...”. Es la *crítica o puesta a punto de la razón simbólica*.